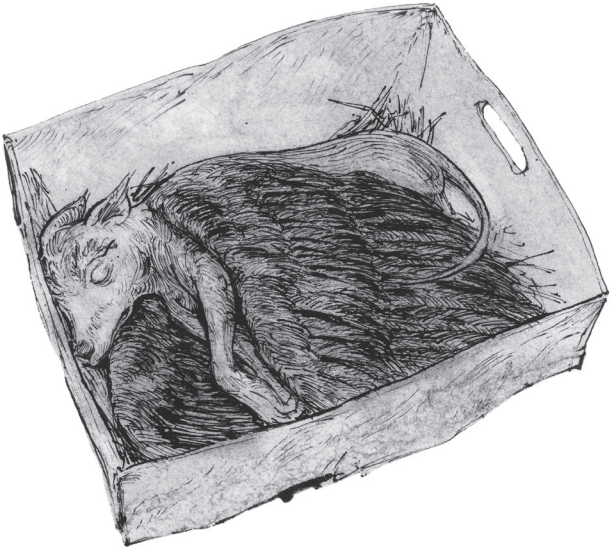

Yann Apperry

Ottoline
y el veterinario de monstruos

Ilustraciones de Laurent Gapaillard

Traducción de Sara Mendoza Bravo

Duomo ediciones

Publicado por primera vez en francés bajo el título: *Ottoline et le vétérinaire des monstres*
© 2023, de la edición original, Éditions Pocket Jeunesse, un sello de Univers Poche
© 2023, del texto, Yann Apperry
© 2023, de las ilustraciones, Laurent Gapaillard
© 2025, de la traducción, Sara Mendoza Bravo
© 2025, de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Este libro ha recibido una subvención del Centre National du Livre (Francia)

CNL CENTRE NATIONAL DU LIVRE

Maquetación: Endoradisseny

ISBN: 978-84-10346-94-9
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 7.478-2025

Primera edición: octubre de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq., 08010 Barcelona
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Angélica

Primera parte

El tío Arwanach

Capítulo 1

Mucho tiempo después del comienzo de esta historia extraordinaria que, sin saberlo, acabas de empezar a leer, Ottoline recordaría aquel día de escuela —el día antes de las vacaciones de verano— en el que el profesor pidió a los alumnos que escribieran y luego dibujaran en una hoja de papel el nombre de su futura profesión.

Ante la hoja en blanco, una terrible duda asoló a Ottoline. Tenía la impresión de que el papel se hacía cada vez más grande y profundo, de que se convertía en un inmenso espacio vacío en el que, si no tenía cuidado, se iba a hundir sin remedio. Parpadeó para escapar de esa nada blanca y miró a su alrededor.

Todos los alumnos habían sacado sus rotuladores de colores. La mayoría ya había escrito el nombre de su futuro trabajo y se dibujaba vestido como director de prisión de máxima seguridad, especialista en terremotos, diseñador de interiores, jugadora de rugby…

Ottoline tenía la impresión de que la superficie del papel daba vueltas sobre sí misma. «Un agujero blanco», pensó. Como un agujero negro. Salvo que no nacía de una estrella muerta en medio del universo, sino de una niña muerta de incertidumbre en medio de un aula. Era un agujero que, en lugar de absorber luz, absorbía a los niños como ella que te-

nían una nube negra en la cabeza. Sin embargo, a lo largo de su no tan corta existencia, Ottoline había creído saber varias veces, sin el menor atisbo de duda, lo que quería ser de mayor: cantante de pop, autora de manga, *prima ballerina*… Las profesiones se habían sucedido en su cabeza, cada una con más claridad que la anterior. Pero en ese instante era incapaz de recordar la última que le había interesado.

Entonces se le ocurrió que iba a terminar como la antigua vecina de su mejor amigo Liam, una mujer que vivía de herencias y no había hecho nada en su vida. Cuando se le acabó el dinero, la mujer se deshizo de todas sus posesiones una a una —muebles, ropa, televisión, coche— hasta que desapareció, como si su propio cuerpo fuera lo último que le quedaba por vender.

Y, por si la confusión de Ottoline no era lo bastante grande, muy pronto también empezó a sentir vergüenza de no hacerlo tan bien como los demás. O, más bien, de no hacerlo más rápido y mejor. Con once años y seis meses, era la mayor de su clase de sexto de primaria después de haber repetido primero tras una terrible tragedia. Aunque formaba parte de los mejores estudiantes de la clase, siempre se sentía apartada y le daba la impresión de tener mucho que demostrar. De hecho, estaba realmente aislada, era más madura que la mayoría de sus compañeros (según Liam, parecía que algunos de ellos acabaran «de dejar el chupete») y también más solitaria. La verdad era que Liam, que se sentaba tres filas por delante, no solo era su mejor amigo. Más bien, era el único…

Así que ya se estaba imaginando que iba a terminar igual que la vecina de Liam o tal vez lavando coches en los semáforos a cambio de algunas monedas, como había visto hacer a una niña de su edad una vez al salir del colegio, cuando de

repente un enorme bicho cayó del techo justo en medio de su hoja de papel.

¿Era una mosca? ¿Una araña? ¿Un escarabajo? ¿Una cucaracha? No tuvo tiempo de averiguarlo. Con un grito, tiró la hoja al suelo y aplastó al bicho bajo la suela de su zapato. El profesor llegó corriendo, entre curioso y enfadado. Al ver a Ottoline, temblorosa, siguió la dirección de su mirada y recogió el papel, en el que el insecto se había escachado formando una mancha de lo más extraña. No se parecía a ningún animal conocido. Parecía un híbrido de erizo, medusa y murciélago.

Parecía un monstruo.

Y, como si de golpe Ottoline ya hubiese terminado de pintar su dibujo, adelantándose a todos sus compañeros, la figura presentaba la más repugnante mezcla de colores: rojo sangre, negro azabache, gris perla y una buena dosis de caqui.

Solo faltaba el nombre de la profesión, se dijo. Y, ante la expresión fascinada de su profesor, Ottoline supo que él se estaba preguntando lo mismo, pero ¿qué escribir bajo ese extraño garabato? ¿«Monstruo»?

Fue así, recordaría más tarde Ottoline, como esta historia extraordinaria en la que sin darte cuenta ya te has adentrado comenzó realmente.

Por supuesto, los demás alumnos corrieron hasta su pupitre, deseosos de descubrir la razón del grito de Ottoline y por qué el profesor se había quedado mirando fijamente la hoja de papel con pinta de hipnotizador, con la misma expresión que dedicaba a veces a la clase cuando ponía un examen sorpresa. Nadie se reía, aunque Emmanuel Kidney y Wanda Shuts hicieron comentarios de los que más tarde Ottoline se acordó con una punzada en el corazón («Pues un poco sí que se parecen ella y ese bicho…», «¿Esto significa que quieres

trabajar haciendo pelis de terror?»). Pero todos parecían más bien fascinados. Como si, en realidad, fuese esa cosa la que había hipnotizado al profesor y no al revés y toda la clase se hubiese rendido a su poder…

Este fue el principio del principio de la historia, la primera vez que aquello que iba a suceder en los días siguientes se manifestó. Como un aviso, pensaría más tarde Ottoline al recordar cómo comenzó todo, de por dónde vendrían los tiros.

Hubo que esperar a esa misma noche para que se produjera el segundo acontecimiento.

Capítulo 2

Al salir de la escuela, Ottoline corre y grita entre los demás niños que se alejan del edificio, algunos solos y otros acompañados de sus hermanos, padres o niñeras. Todos sonríen al pensar en las seis semanas de vacaciones que los esperan.

O casi todos.

Entre los que sonríen de la clase de sexto está Imogen, que al día siguiente va a subirse a un avión rumbo a Florida para visitar a sus tías, donde va a comer —o al menos eso dice— perritos calientes de carne de cocodrilo y disparar con la pistola de su tío policía… Pero, como Imogen siempre miente, nadie se lo cree del todo. También está Jasmine, que va a visitar a su familia a Costa de Marfil, donde la colmarán de regalos. Está Jakob Kuklick, que se va a Escocia con sus padres a recorrer castillos encantados. Está Wanda Shuts, que va a practicar canto en París y pasará por el túnel de la Mancha. Están Madison y Mandy Miller, las gemelas, que primero van de campamento a las islas Aran y después navegarán en velero con su padre. Por supuesto, también está Emmanuel Kidney, el alumno más rico de la escuela, que ha perdido la cuenta de todos los lugares que va a visitar este verano (a decir verdad, Ottoline no está muy segura de que él forme parte del grupo de los que sonríen). Están todos estos niños y más,

incluso algunos que no se van tan lejos o que no se van a ningún lado, pero que aun así tienen razones para estar felices.

Entre los que no sonríen está Ottoline. No es la única que vive el comienzo del verano sin ninguna alegría. Jolene está igual. Ella pasará las vacaciones en China, ¡en una escuela! También está su amigo Liam, con el que va a clase desde la guardería y que no se va a ningún sitio, porque su tía (la hermana de su madre) acaba de dar a luz y su madre quiere quedarse en la ciudad para ayudarla.

Pero en este momento Ottoline todavía no piensa en nada de esto: solo grita de alegría junto a los demás niños que inundan la acera y sigue gritando de alegría en medio de un grupo que se hace cada vez más pequeño, a medida que unos giran a izquierda y a derecha o siguen recto. El grupo se hace tan pequeño que, al cabo de algunas calles, ya solo queda ella: una niña morena, de estatura media, melena a la altura de los hombros, preciosa piel de porcelana, ojos de color marrón claro y pómulos redondos, con una peca en el izquierdo. Estar en un grupo del que se es la única miembro es muy triste; es como que en el recreo no te elijan para jugar en ninguno de los dos equipos y te quedes ahí de pie, fingiendo que no te importa, cuando en realidad te estás muriendo por dentro.

Tras dejar atrás la calle Boogey, donde está su escuela, Ottoline avanza por la sinuosa calle Tomb y sus pasos, hasta entonces ligeros, se hacen cada vez más pesados. Y su sonrisa, que hasta ese momento apuntaba hacia arriba, de repente se da la vuelta hacia abajo (lo cual no es para nada una sonrisa, incluso si se le da la vuelta a toda la cabeza).

En este punto del relato es hora de que volvamos al pasado, porque esta historia que estás leyendo ya ha sucedido. Y no solamente ha sucedido en el pasado, sino que ha sucedido

de verdad. Acuérdate bien de esto cuando lo que te cuente sea tan increíble, tan aterrador, que pienses: «¡No, no es posible, esto no ha podido suceder!» Y, sin embargo, así fue.

Ottoline caminaba con pasos más pesados que nunca, tan pesados como si llevara un kilo de tierra atado a cada zapato. «Tierra de cementerio», pensó, ya que justamente pasaba al lado del viejo camposanto de la ciudad, que poca gente visitaba porque todos sus muertos estaban bien muertos desde hacía tiempo, tanto que sus nombres casi se habían borrado de las lápidas («Borrados por el típex de Dios», dijo una vez Liam, que de vez en cuando tenía arrebatos de inspiración poética, como los llamaba el profesor). Y, como cada vez que volvía a su casa, al final de la calle distinguió la valla de hierro forjado (de 5,654 km de largo, era una de las «maravillas arquitectónicas» de la ciudad de Stermont). La valla rodeaba una colina cubierta de árboles que se elevaba como un trozo de bosque olvidado al norte de la ciudad.

Ottoline abrió el portón de la valla gracias a su llave magnética y empezó a subir por el camino bordeado de robles, bajo los cuales siempre se extendía una densa sombra, salvo en invierno, cuando perdían sus hojas y se tornaban tristes, como todos los árboles deshojados. La mochila le pesaba sobre los hombros, las zapatillas le pesaban en los pies y el corazón le pesaba dentro del pecho cuando alcanzó por fin lo alto de la cuesta.

Entonces vio el castillo que se alzaba frente a ella, también sombrío, con sus torres afiladas.

Aunque decir que Ottoline veía todo eso no es realmente cierto. Eres tú quien lo imagina, quien ve la verja de hierro, los árboles centenarios, el castillo con todas sus torres, a cada cual más estrecha y puntiaguda, inestables, torcidas, como

tocadas con extraños sombreros de chapa, de ladrillo o de teja. Torres que parecían gritar por encima de los tejados «¿Quién va ahí?», como las viejas guardianas de una fortaleza.

Ottoline no prestaba atención a nada de esto. Hacía mucho que no se fijaba en su excéntrico hogar y ya no escuchaba los gritos silenciosos de las diecisiete torres del castillo (otra «maravilla de la ciudad», según las guías turísticas). Solo pensaba en los próximos días, en esos cuarenta y cinco días de puro aburrimiento, incluso peores que el verano anterior, en el que se había aburrido tanto que habría hecho falta inventar una nueva palabra para expresar la *grandidez*, la *enormicidad*, la *gigantesquería* de su aburrimiento. Este verano, no cabía duda, sería todavía peor.

Los años pasaban, pero el verano siempre era el mismo: era el momento en el que se moría de aburrimiento. No se sentía a gusto en casa. Tampoco tenía permiso para salir. Contaba los días, las horas, los minutos para volver a clase. Pero ese año había algo peor y era que, después de este verano, iba a empezar el instituto y eso lo convertía en el peor verano de todos: ya nunca volvería a estar en su aula ni con su profesor, tan bueno a pesar de su aparente severidad.

Los problemas se acumulaban y, aunque algunos tenían que ver con el verano, otros se extendían durante todo el año. A decir verdad, todos podían resumirse en un único y gran PROBLEMA: el triste lugar en el que tenía la desgracia de vivir.

Sin embargo, Ottoline sabía que había veranos felices. Sabía que existía una casa en la que nadie se aburría nunca. Pero también sabía que ya no podía volver a esos veranos ni pasar las vacaciones ahí. Ya no podía regresar a esa casa, en

la que había vivido durante los primeros años de su vida. De hecho, esa casa ya ni siquiera tenía techo. Ni puerta. Tan solo un trocito de jardín. Algunos trocitos de salón. Trocitos de habitación, trocitos del cuarto de baño…

Fragmentos de recuerdos.

Como las últimas piezas de un puzle del que se habían perdido todas las demás, no le quedaba de aquella casa nada más que esos pequeños trocitos guardados en su memoria. Tan lejanos, tan pequeños… ¡y precisamente por eso tan queridos!

Un armario de juguetes que olía a madera cálida y dulce. Una cómoda que le parecía más alta que un edificio y sobre la que reinaba el tarro de caramelos. La inmensa cama de sus padres, sobre la que saltaba como en un trampolín. Y sobre la que, de repente, un par de pies y manos la levantaban hasta el cielo: los pies de su padre… Y la sonrisa de su madre. Sus besos. El cabello rubio de su madre. El aliento a tabaco de su padre. Aquel reloj de pulsera, con el minúsculo botón que hacía girar las agujas. Sus padres. Ellos también eran trocitos pequeñitos de recuerdos, muy queridos, más queridos que nada.

Habían muerto en un accidente de coche cuando ella tenía cinco años. Ottoline estaba pasando la noche con Vincent, su adorado niñero, que una vez le había regalado una tortuga y otra vez le había enseñado a atarse los cordones de los zapatos. Se acordaba de haberse despertado esa mañana rodeada de adultos con caras largas y arrugadas, como si se hubieran pasado la noche en vela alrededor de su cama, esperando a que abriese los ojos.

Ahí estaba el médico de la familia. Estaba la pareja de vecinos jubilados que a veces la invitaba a jugar a su casa. Había

una policía con uniforme. Estaba el bobo de Angus, su primo de treinta y un años que todavía parecía un adolescente, adormilado sobre una silla. Y estaba la tía Eudora, la madre de Angus, con una cara alargada y pálida que descansaba sobre su cuello de jirafa, y que siempre llevaba un vestido negro con demasiados botones.

La tía Eudora, en realidad, era su tía abuela por parte materna. Tenía las manos largas y temblorosas, como si se dedicase a apretar entre ellas a pobres animalitos, incapaces de huir; unos minúsculos ojillos brumosos, sacudidos por interminables tics, y el pie izquierdo tan agitado por temblores que parecía latir al ritmo de una canción que solo ella podía escuchar: una marcha fúnebre. Esa era la lúgubre tía Eudora, a la que Ottoline hasta entonces solo había visto dos o tres veces en el lúgubre castillo del que se negaba a salir. Y, sin embargo, ahí estaba, en su casa, en su habitación, y se inclinaba sobre su cama como un viejo puente levadizo a punto de abatirse sobre ella.

Y entonces fue el funeral. Los besos, los dibujos, los chicles, las pegatinas, las cintas del pelo y las horquillas que le habían regalado sus compañeros de guardería, y Liam, que le dijo que a partir de entonces compartiría con ella su hámster y sus canarios, que pasarían una semana con ella y otra con él, aunque finalmente su madre se opuso. De todas formas, la tía Eudora odiaba a los animales y tampoco lo habría aceptado nunca.

Después llegó el momento de despedirse de su casa (el segundo peor recuerdo de toda su vida después del anuncio de la muerte de sus padres) y su primera noche en el castillo, cuando tuvo tanto miedo que ni siquiera su osito de peluche pudo ayudarla a calmarse y terminó por salir en busca de su

tía en el laberinto de pasillos… Y se perdió (este era el tercer peor recuerdo de todos los tiempos, que a veces escalaba hasta la segunda posición a la hora de dormir, cuando todo estaba oscuro).

Fue Evie, la criada, quien la encontró, más muerta que viva, refugiada dentro de un armario con Bartleby, su osito. Evie la llevó de vuelta a la cama, la arropó y permaneció junto a ella hasta que se quedó dormida. Evie no era especialmente cariñosa ni tampoco reconfortante —e incluso tenía su propio punto de locura, aunque menos que Eudora y, desde luego, mucho menos que el primo Angus—, pero de los tres habitantes del castillo era, de lejos, la más tolerable. De hecho, sin Evie, se decía Ottoline, también ella se habría vuelto loca, incluso más que su tía (aunque menos que Angus).

O simplemente se habría muerto de tristeza.

Capítulo 3

Al llegar a lo alto del camino, Ottoline atravesó la explanada de gravilla blanca y entró en el castillo. No lo hizo por la puerta principal, que siempre permanecía cerrada, sino por la de la cocina, situada en un lateral, cerca del huerto y del estanque de nenúfares.

Se quitó las zapatillas para ponerse las pantuflas de los viernes (tenía un par para cada día de la semana, que Evie metía cada noche en la lavadora) y consultó la hora en su reloj de pulsera. Las cinco menos tres minutos. No tenía ganas de ver a nadie y aún menos a su tía. Por suerte, a esa hora, la tía Eudora estaría terminando de desinfectar el ala norte del castillo con Evie. Concretamente, debían de estar en el salón azul del primer piso. En menos de tres minutos, cuando los relojes empezaran a sonar, Evie pulverizaría la última nube de aerosol bajo la mirada despótica de la señora del castillo. Después de eso, las dos mujeres irían al jardín a buscar los cojines del ala sur, que sacaban fuera para sacudir los miles de ácaros microscópicos que hacían sus nidos en ellos…

Así que Ottoline, cuya habitación se encontraba en el segundo piso del ala central, estaba segura de no cruzarse con ellas: tenía una «certeza científica», como habría dicho su profesor de la escuela, a quien le gustaban las expresiones rebuscadas. La tía Eudora cumplía el mismo horario cada día

con precisión maniática y siempre dedicaba exactamente el mismo tiempo a cada tarea, como retirar las telarañas con un palo telescópico o sacar brillo a los pomos de las puertas con una mezcla de sal y zumo de limón (en total, el castillo contaba con ciento noventa y dos pomos). Ottoline, que se había aprendido ese horario de memoria, siempre sabía con precisa exactitud en qué rincón del castillo se encontraba su tía, librando su particular batalla contra el polvo.

En cuanto a su primo Angus, quien desde hacía quince días se tenía por un gran espeleólogo (cambiaba de vocación cada quince días), debía de estar en el sótano, con su casco y su linterna en la cabeza, puesto que los espeleólogos son exploradores de las profundidades de la tierra. Con un poco de suerte, no se dejaría ver hasta la hora de la cena…

La cena siempre se servía a las seis y media (el anteriormente mencionado segundo acontecimiento, por su parte, iba a tener lugar tres horas y diez minutos después), lo que daba a Ottoline unos noventa minutos para… ¿hacer qué? No tenía ni idea.

El aburrimiento le había ganado la partida, pensaba mientras entraba en su habitación. Era una habitación tan alargada, de techos tan altos, que era extraño pensar que un solo aburrimiento, el aburrimiento de una persona tan pequeña, de 1,43 m y 39 kg, pudiese ocupar un espacio tan amplio y colarse por todas partes, bajo el edredón, entre las páginas de los libros y en el armario junto a la ropa (entre la que estaba la panoplia de disfraces que había encontrado en el desván). El aburrimiento también impregnaba la colección de perfumes —tenía tres frascos, sus mayores tesoros, y una decena de muestras—, por no hablar del espejo, el joyero, las cajas de puzles y los ojos de su fiel Bartleby. El aburrimiento estaba en

el aire, en el suelo de parqué, en las vigas, en las cortinas…

¿Confiarle todos sus secretos al viejo osito de peluche? Ni hablar. ¿Hacer un puzle? Antes morirse. ¿Ponerse todos los collares y pendientes de su madre? No, gracias. ¿Disfrazarse, leer, dibujar, tumbarse para pasar al otro mundo, ese lugar en el que es posible hacer de todo, como respirar bajo el agua, cabalgar sobre un unicornio, inventarse amigos fantásticos, ser millonaria, ver de nuevo a sus padres perdidos…? ¿Volver a ese paraíso imaginario al que, seguramente, tú también te has escapado alguna vez? Ni en sueños. Solo le quedaba el aburrimiento, como solo quedaban habitaciones frías e impolutas después de que la tía Eudora y Evie las limpiaran.

En un último esfuerzo, Ottoline abrió la ventana con la esperanza de que su tristeza se diluyera en el aire de la tarde. Nada. Se quedó así un momento, contemplando los árboles del parque y adivinando la ciudad a través del follaje. Desde su habitación, distinguía el campanario de la iglesia, uno de los tres puentes sobre el río, la Isla de las Cabras, el estadio de rugby y, al fondo, el bosque de Mouthovhell, bañado por la bruma.

Más lejos, a la derecha, justo donde empezaban los campos, estaban el barrio en el que había crecido y su antigua casa, que nunca había querido volver a ver, aunque pensaba en ella todo el tiempo. La mirada de Ottoline se posó sobre los minúsculos tejados, intentando, por millonésima vez, reconocer el que había sido el suyo. Y de repente se sintió invadida por una oleada de ternura, que barrió de golpe toda la pena de su corazón: Stermont era su ciudad, donde había nacido y había pasado toda su existencia, y, aunque había sido muy desgraciada e incluso si no le gustaba vivir con su tía, no dejaría esa pequeña ciudad por nada del mundo.

Claro que, por entonces, no podía ni imaginarse el terrible peligro que estaba a punto correr…

Observaba las calles y los tejados, escuchaba el rumor de los coches. Se sintió mejor. Abrió su mochila, que había dejado sobre la cama, y sin pensar sacó su «dibujo», el de su futuro trabajo. Se tumbó con la hoja entre las manos y examinó la espantosa mancha, que parecía un borrón de mermelada de caparazón aplastado y vísceras. No era capaz de decir por qué, pero esa mancha la fascinaba y, mientras la observaba, se puso a soñar en lo que haría cuando fuese mayor. Hacía un rato, en clase, no había tenido ni la más mínima idea. Pero ahora se acordaba de todo, así que se puso a revisar mentalmente todas sus vocaciones hasta la fecha:

Investigadora especializada en fenómenos paranormales (le encantaba el manga *La brigada de lo bizarro*, tenía todos los tomos).

Alcaldesa de Stermont (prohibiría la caza en el bosque de Mouthovhell, instalaría toboganes de agua en la Isla de las Cabras y sustituiría los coches por bicicletas).

Millonaria (esto no era realmente una profesión: quería serlo sobre todo para poder volver a comprar la casa de sus padres).

Cantante (su madre había sido profesora de canto y, una vez, la madre de Liam le dijo que tenía un bonito timbre de voz).

Pensó en estas profesiones y en otras tantas. Pero, aunque todas la atraían, ninguna la convencía del todo. ¿Acaso su vocación no existía? ¿Tendría que inventársela? ¿Qué sería de ella? Lo ignoraba y, muy pronto, todos los trabajos posibles empezaron a mezclarse en su cabeza. Era alcaldesa de un parque acuático. Cantaba en un teatro para fantasmas. Tiraba

fajos de billetes a los animales del bosque… Ottoline se había quedado dormida, con la hoja de papel sobre el pecho. Le pareció escuchar una voz, más allá de su sueño…

—¡O… o… ine! ¡… enar…! —Evie llamaba a la puerta—. ¡Ottoline, a cenar!

Se incorporó de un salto.

La criada ya se alejaba por el pasillo con pasos apresurados.

Capítulo 4

Ottoline nunca había estado en un hospital psiquiátrico, pero, cuando Emmanuel Kidney, el chico más rico de la escuela, le había contado que su abuelo estaba encerrado en el de Stermont, una clínica en medio del bosque, su primer pensamiento fue que no había mucha diferencia entre el castillo de su familia y el lugar en el que vivía el abuelo de Emmanuel.

Todos los pacientes tenían manías extrañas, formas inquietantes de mirar o, al contrario, de desviar la mirada. Algunos, le había explicado Emmanuel Kidney, sufrían «tocs», que son tics, pero peores; es decir, tics a los que se les ha ido la olla, como le había contado Emmanuel Kidney. Los tocs obligaban a la persona que los padecía a repetir siempre lo mismo, como comprobar si la puerta de casa estaba bien cerrada o seguir siempre un camino idéntico para ir al trabajo. Era algo que se parecía mucho a la obsesión por la limpieza de su tía y a los delirios de Angus.

Otro punto en común: la clínica psiquiátrica también estaba en un parque, rodeada por una valla.

Tercer punto en común: a los enfermos les servían la comida como en un restaurante, igual que en casa de la tía Eudora. Cada noche, Evie, vestida con una cofia y un delantal, anunciaba el menú en el inmenso comedor, donde Ottoline

se sentaba al final de la larga mesa, entre su tía y su primo. Después Evie les servía la comida, yendo y viniendo con pasitos rápidos entre el comedor y la cocina.

Cuarto punto en común: los locos del psiquiátrico seguían un horario ultraestricto.

«Los locos necesitan que todo se repita del mismo modo —le había dicho Emmanuel Kidney—. Si no, se vuelven cada vez más locos y se creen que son Jesucristo o la reina de Inglaterra».

Ottoline no lograba imaginarse a su tía más loca de lo que ya estaba. Incluso llegó a pensar que, si la reina de Inglaterra, por casualidad, un día se volvía loca y después más loca todavía, había posibilidades de que se comportase como la tía Eudora.

El abuelo de Emmanuel Kidney, que era el hombre más rico de Stermont, no creía ser la reina ni Jesús, sino una hucha con forma de cerdito, la misma que le habían regalado de niño y en la que había guardado sus primeros ahorros. Lo encerraron en la clínica el mismo día que empezó a tragar monedas.

«En cuanto a mí —se dijo Ottoline, sentada entre Angus y su tía—, no necesito ir a un psiquiátrico: ya vivo en uno».

Evie, con las manos detrás de la espalda, acababa de anunciar el menú como quien recita un poema delante de la clase:

Paté de anguilas y brotes de espinacas
Pastel de pollo con pudín de salsa de cebolla
Quesos
Tartaleta de fresas

Había que reconocer que la cocina de Evie era irresistible.

Ottoline no se cansaba de sus tartas saladas ni de sus quiches ni de sus suflés, salados o dulces. Todo lo que cocinaba siempre tenía forma circular y se preparaba en el horno, pero la imaginación de Evie no tenía límites y, excepto su flan de coles de Bruselas y la gelatina de ostras, nunca decepcionaba a Ottoline. Además, como la tía Eudora casi no comía y los gustos de Angus cambiaban sin cesar, muchas veces Ottoline tenía el plato entero para ella sola. No se quejaba, aunque en los últimos tiempos había empezado a sentirse un poco más hinchada. De hecho, una noche incluso había tenido una pesadilla en la que, al recitar el menú de la cena, Evie decía:

Clafoutis *de ternera y calabacín*
Pastel de Ottoline con puntas de espárrago
Quesos
Profiteroles de caramelo con una bola de helado de vainilla

Pero ¿qué podía hacer ella? La comida de Evie estaba demasiado rica. De hecho, Ottoline sabía perfectamente que su dieta era bastante equilibrada, pero tenía miedo de engordar, sobre todo por culpa de Mandy y Madison, las gemelas de la clase, siempre tan finas, tan esbeltas… Ellas también tenían un toc: se pellizcaban la cara para evitar que les salieran granos. Esa tarde, en clase, las dos se habían dibujado a sí mismas como supermodelos en el ejercicio del futuro trabajo. Sus siluetas eran tan delgadas, había dicho Jacob Kuklick, que podrían haberse dibujado en el borde de la hoja. Y entonces Liam había añadido, en uno de sus arrebatos de genio poético, que era como si todas las supermodelos quisieran desaparecer de la faz de la Tierra.

Ottoline se lanzó a por su trozo de paté. A su derecha, la

tía Eudora inspeccionaba con gesto hosco la ración de comida que se disponía a comer, pasando el tenedor por uno y otro lado, como si así intentase echar a los microbios del plato. A su izquierda, Angus, que con su acné, su voz nasal y

su aspecto desaliñado parecía un adolescente en lugar de un adulto de treinta y siete años, separaba en su plato las espinacas de la anguila. En cuanto terminó de formar dos montoncitos, los engulló en un abrir y cerrar de ojos, se bebió la mitad de su vaso de leche (solo bebía leche) y esperó el plato siguiente. Mientras, la tía Eudora apenas había terminado de tragar el primer bocado y, con la mirada fija en el horizonte, se concentraba en la comida que le bajaba por el gaznate.

A Ottoline siempre le fascinaba este espectáculo. A veces comparaba mentalmente a Eudora con una boa, en cuyo estómago las presas se hundían lentamente, anillo tras anillo. Después de haber absorbido otros tres pequeños trozos, la tía le hizo una señal a Evie para que recogiera y trajera el plato siguiente. La criada desapareció en la cocina, volvió con la tarta y el espectáculo se puso en marcha otra vez.

Como todas las comidas en el castillo, la cena transcurría en silencio. Madre e hijo se hablaban en ocasiones contadas, como si no necesitaran palabras para entenderse, y durante la cena hacían como si Ottoline no existiera. No solo durante la cena, de hecho. Su tía abuela solo se dirigía a ella para ladrar órdenes y a veces parecía que ni siquiera la reconocía. En esas ocasiones, la examinaba como si Ottoline fuera una pelusa de tamaño extraordinario y se preguntara cómo deshacerse de ella. En cuanto a su primo, o bien la ignoraba totalmente o bien se lanzaba en un monólogo sin fin y en estos casos era Ottoline quien se preguntaba cómo deshacerse de él. Evie era la única para quien existía realmente. Pero Evie no era muy habladora. Si tenía algo que decir, lo hacía siempre en un susurro, como si tuviera miedo de que la tía Eudora apareciera de repente y le vaporizase la boca con desinfectante.

Además, siempre estaba muy cansada. Corría de la mañana a la noche para aspirar, desempolvar, pulir, lavar y todavía le daba tiempo de cocinar, servir, recoger… Algunas noches le faltaban fuerzas para subir hasta su habitación, en lo alto de una de las torres. Más de una vez, Ottoline se la había encontrado adormilada en la cocina o lavando los platos como una sonámbula.

Pero, incluso cuando se dormía de pie, Evie seguía siendo mejor compañía que su tía o que su primo. Y Ottoline se decía que sus padres, allá donde estuvieran, debían de sentirse un poco menos tristes al saber que no habían dejado a su hija totalmente sola, que al menos había encontrado a una amiga en esa pequeña y fuerte señora de edad indeterminada, cabellos negros y lisos recogidos con horquillas y rostro redondo y lechoso, como sus tartas de queso.

Ottoline terminó el postre, dobló su servilleta y, sin más ceremonia, abandonó el comedor. Unos segundos más tarde, los diecisiete relojes del castillo empezaron a sonar. Eran las ocho y dos minutos cuando cerró la puerta de su habitación tras de sí.

Capítulo 5

Había caído la noche. Ya eran las 21:44 y en menos de tres minutos iba a tener lugar el segundo acontecimiento del día, como un eco misterioso del primero (aunque cuando sucediese Ottoline iba a estar demasiado sorprendida para darse cuenta de ello).

No podía dormir. Después de leer una página de *La brigada de lo bizarro*, tomo 29, había cerrado el libro. Normalmente, leía durante al menos media hora e incluso a veces durante dos horas seguidas (podía leer hasta tan tarde como quisiese; de hecho, podía hacer casi todo lo que quisiese mientras no saliese del castillo ni manchara nada). Esa noche apenas había tenido fuerzas para apagar la luz. Había vuelto el aburrimiento y con él esa tristeza que no se parecía a ninguna otra: la soledad. Y, por si fuera poco, el Aburrimiento y la Soledad habían invitado a su mejor amigo a la que prometía convertirse en una divertidísima fiesta de pijamas: el Insomnio.

Ottoline rezaba por quedarse dormida. Tumbada en la penumbra, había oído que las campanas de la iglesia de la avenida Fang daban las ocho, luego las nueve y ya se imaginaba que iba a escuchar el carillón de las diez cuando fuera estalló un grito.

En el parque vivían numerosos animales: palomas y pe-

tirrojos, mirlos y búhos, ardillas y ratoncitos de campo (la pesadilla de la tía Eudora), sin contar las mariposas, los abejorros y otras cien especies de insectos más. Por no mencionar a todos los gatos del vecindario… Al principio, le daban miedo. Pero ese miedo siempre terminaba por pasar. Ottoline no era miedosa por naturaleza. Y, si lo había sido en algún momento, los seis últimos años en aquel castillo lleno de sombras y ecos, durmiendo sola en una habitación cuyo techo se perdía en las tinieblas, la habían curtido.

Sin embargo, aquel grito la asustó. No se parecía a un grito de pájaro ni de mamífero ni de insecto. Se incorporó, atenta. Nada. Ya empezaba a pensar que se lo había imaginado cuando el sonido se repitió, más cerca, más chillón. Un sonido metálico, agudo y estridente. Esta vez sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Tanteaba la pared en busca del interruptor cuando una sombra se coló por la ventana abierta y se puso a volar por el techo de la habitación, batiendo las alas frenéticamente.

Eran exactamente las 21:47 y algunos segundos.

La criatura tenía el tamaño de un pájaro grande, pero el vuelo torpe de un murciélago. ¿Un murciélago gigante? Después de varias vueltas de tirabuzón, se dio contra la lámpara del techo, cayó en picado sobre el escritorio, tiró al suelo todos los perfumes, rebotó contra el espejo y, lanzando de nuevo su extraño grito, salió disparada como un cohete hacia la ventana. Se dio de bruces contra la barra de la cortina, que se soltó. Y la tela cayó sobre ella.

Derrotada, en el suelo, la bestia se debatía entre los pliegues de la tela.

Capítulo 6

Ottoline encendió la lámpara con una mano temblorosa. Al pie de la ventana, el animal emitía gemidos horribles, como ráfagas de una ametralladora… Nunca había oído nada igual.

Poco a poco, dejó de moverse. ¿Se había desmayado? ¿Estaba muerto? Se dirigió hacia la ventana con pequeños pasos y levantó la cortina, preparada para dar un salto hacia atrás, temiendo que le picara o mordiese.

Lo primero que vio fue la punta de un ala de brillantes plumas negras. Después la parte inferior del vientre. Para su gran asombro, este no estaba cubierto de plumas, sino de piel reluciente, de color gris azulado. Luego descubrió las patas: no eran patas de pájaro; parecían más bien de mamífero, de perro o de gato. De color azul más claro, terminaban en cuatro garras transparentes que parecían de cristal. O de diamante. Lanzaban destellos brillantes. Entre las patas asomaba la punta de una cola gris azulada, también sin plumas.

Al apartar la cortina, Ottoline liberó la otra ala y la parte superior del cuerpo. La criatura tenía otro par de patas delanteras, dotadas de las mismas garras de cristal. Y su cabeza, de color azul pálido, de orejas puntiagudas y hocico negro, era la de… ¿un zorro? Su boca entreabierta mostraba dos filas de dientes, afilados como cuchillas. Bajo los párpados semi-